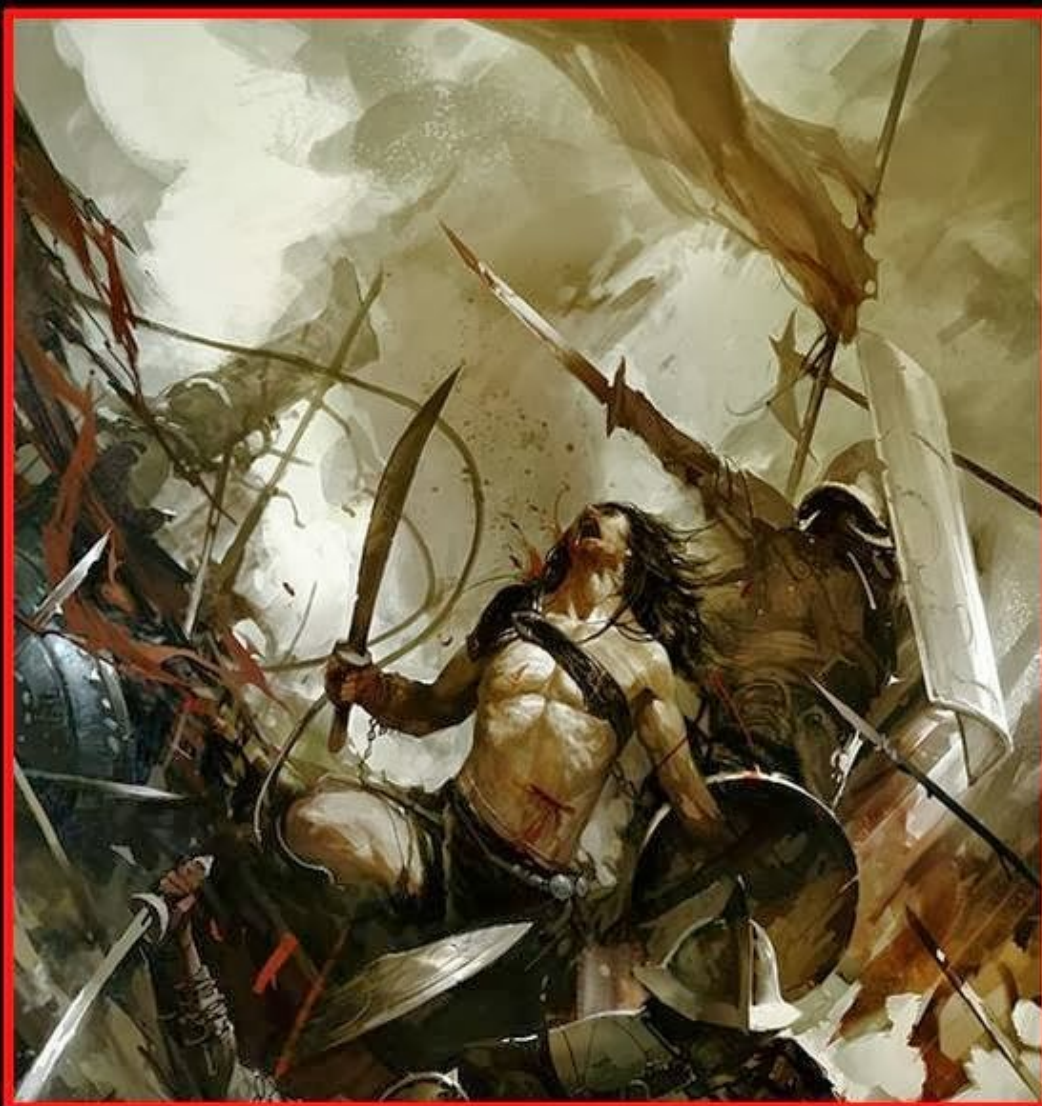


Virtual WarGame

Héroe o Bestia

LA CAÍDA DEL AUTARKA



JAVIER SERMANZ

Introducción

Nos hallamos en un futuro inmediato, digitalizado. Internet es nuestro segundo medio. La tecnología en el terreno de los video juegos ha desarrollado algo rayano a la hechicería, una avanzada consola de realidad virtual llamada Virtual Kit. Los programadores de la multinacional Media Games han recreado con un software prodigioso, el mundo de guerra de su popular juego de rol Héroe o Bestia, y lo han subido a un plano de realidad virtual en Internet, donde los hombres y bestias de Nueva Pangea juegan su propia partida por la supremacía.

A dicho plano lo han llamado HOB y han tendido un puente entre los dos mundos por el que se accede mediante una maquina llamada Virtual kit. Se trata de un Hardware específico de dos componentes; una consola terminal de simulación de realidad virtual, dotada de Módem interno, para innumerables jugadores On-Line, que los conecta, desde cualquier sitio, al plano de juego a través del ojo, mediante un destello lanzado desde el reproductor virtual, el cual es albergado en el seno de la carcasa y se coloca ante la vista al modo de unas gafas. La interacción neuronal colectiva se consigue mediante una conexión aérea del dispositivo con el servidor de Media Games, que los provee de realidad virtual.

El entorno y la interfaz del personaje deseado, Hombre o Bestia, se configuran desde cualquier dispositivo exterior y después se cargan por aire en la consola. Una vez presionado el botón de salto, la mente es transportada al cuerpo del personaje deseado en el plano virtual, simulado por el ordenador central del servidor, mientras su cuerpo se queda en un estado parecido al sueño.

El jugador deja de tener consciencia de que está en La Tierra y siente y actúa en todo como el personaje programado para HOB, sin recuerdos del otro yo, hasta que vuelve de nuevo al plano terrenal; es como cambiar de cuerpo de un parpadeo. La experiencia adquirida de las sucesivas reanimaciones en HOB queda impresa en nuestro recuerdo del mismo modo que lo haría en la realidad.

El Juego de Guerra Virtual de Héroe o Bestia se ha convertido en un fenómeno de masas por todo el mundo. Han surgido adeptos fervientes, que se refieren a la consola, con abnegación reverencial, como El Medallón Sagrado de Theos. Le atribuyen poderes divinos, dicen que contiene, encerrado en el Cristal Opaco de su corazón, una chispa de energía del dios y que su destello te confiere la vida en el mundo virtualizado de HOB.

En su contra se han alzado feroces detractores que lo consideran maldito. Creen que los saltos generan graves perturbaciones mentales y defienden que en cada viaje se arrastra algo de allí que altera el alma y el pensamiento irremisiblemente. Algunos incluso aseguran que los de Media Games son una secta tecnológica cuyo fin es el de esclavizar a toda la humanidad mediante ese juego.

La venta y el alquiler del Virtual Kit lo han centralizado en atractivos salones franquiciados, llenos de luz y de color, que reclaman al viandante a modo de puerta dimensional entre los dos mundos. Su dominio en Internet ofrece la carga y el salto, trasfondos y personajes para recrear, y un foro, con absolutamente todo lo que acontece alrededor del juego, tanto aquí, como en HOB, además de toda la información necesaria para desenvolverse allí.

Su blog con las experiencias de los jugadores está arrasando en la Red, obteniendo records de visitantes sin precedentes. Lo han llamado El Libro de Hob. Estos son los asombrosos relatos que han colgado algunos de aquellos primeros guerreros virtuales que tuvieron el arrojo de internarse en ese mundo y volvieron para contarlo...

Libro de Hob

Entrada del 27.04.1378. Era de La Bestia.

Vi a Theos en Selene

Estaba disfrutando de unos días de permiso tras la brillante acción que había llevado mi compañía contra el desembarco de bestias en la orilla norte del Medíter. Las bestias temen al agua, no suelen internarse en mares y ríos caudalosos, pero esa ocasión se habían hecho con una barcaza de la Marina del Primarcado y habían cruzado el Medíter cerca de su nacimiento, donde su cauce es relativamente estrecho en comparación con su curso medio, que atraviesa las tierras de Latinia y Grik. El capitán nos notificó el incidente y nos dio instrucciones de interceptarlos.

La tarea fue pan comido, la mayoría de las bestias salían mareadas de la barcaza y solo tuvimos que cazarlas una a una y volver a casa sanos y salvos. Los intentos de penetrar en la tierra sagrada de Hob son continuados, pero las fuerzas de seguridad del primarcado siempre estamos atentos y dispuestos para proteger nuestra tierra de su amenaza constante, no nos quitaran una pizca más de terreno.

Me había ido a ver a mi novia, que vivía en Pitya, ciudad a la que ambos pertenecemos. Nos conocimos antes de que yo me enrolara en la Infantería de Marina del Primarcado. Llevamos un par de años juntos; ahora soy cabo primero de la Segunda Compañía. Justine era una chica sensacional, estaba completamente enamorado de ella y de sus ocurrencias. Normalmente son ellas las que buscan un tipo gracioso, pero en este caso el soso era yo y la graciosa ella. No puedo decir aquí qué otras cosas me cautivaron.

Queríamos un poco de intimidad, por culpa de las bestias vivíamos aglutinados en ciudades fortificadas, siempre con el miedo de que nos asediasen. Por esa razón nos apartamos del bullicio del centro y nos dirigimos a una antigua ermita de las sacerdotisas de Gaia, sin salir del recinto amurallado.

Se decía que bajo la ermita se hallaban unos túneles que conducían a unas antiguas ruinas que habían pertenecido a la Primera Humanidad. Desde muy pequeño había escuchado que allí abajo se escondían tesoros magníficos y armas mágicas, pero nos tenían a todos prohibido adentrarnos en ellas por el peligro que suponían. También se decían que había rodents acechando en las sombras, aunque yo no me lo acababa de creer. ¿Rodents en Pitya? ¡Bah, cuentos para asustar a los niños!

Ese fue mi error.

—Elias, tengo miedo. ¿Por qué no damos la vuelta?— me hizo notar Justine.

A ella no le había parecido bien mi idea de meternos en aquellos túneles umbríos. Su mano apretaba la mía con fuerza.

—No pasará nada— la tranquilicé- solo un poco más, a ver si encontramos algo.

Estaba convencido de que en cualquier momento nos tropezaríamos con una espada forjada con Magia o con alguna moneda de oro olvidada. También, tengo que confesarlo, estaba deseoso de impresionarla, demostrándole que era lo suficientemente osado como para enfrentarme al peligro. Quería que Justine sintiera admiración por mí y no me bastaba con ser un infante de marina. Fue una temeridad que nos costó muy caro.

—¿Tú cómo crees que es la muerte?— me preguntó de improviso.

—¿Por qué piensas en eso ahora?— le dije intrigado.

—No sé, es este sitio, me da escalofríos- afirmó ella, apretando su cuerpo contra el mío.

La luz de la antorcha oscilaba a causa de viento, que ululaba de forma ominosa, deformando nuestras sombras por las paredes húmedas del túnel. Los ecos de nuestras pisadas evocaban miedos aciagos en la penumbra.

—No debes pensar ahora en la muerte, no nos pasará nada malo. Será mejor que demos la vuelta—. Pensé que ésa sería la mejor solución; podíamos quedarnos bajo el altar de la ermita, desde donde se bajaba a los ductos prohibidos. Allí estaríamos seguros y podríamos entregarnos igualmente a lo que habíamos ido a hacer. Si realmente existían esas ruinas ancestrales, no encontramos pista de su existencia, solo un silencio opresivo y estremecedor.

—Yo creo que cuando morimos vamos en verdad a Selene— siguió ella con su mórbido tema.

A mí no me gustaba hablar de la muerte. No es que tuviera miedo, simplemente prefería otros temas. En una ocasión soñé que veía a Theos, pero aquel sueño me pareció demasiado fantástico como para comentarlo con mis amigos. Dudé unos instantes si contárselo a ella o no. Al final me callé.

—¿Qué crees que pasa en Selene cuando morimos?— preguntó de nuevo. No sabía que le interesara tanto ese tema.

—¿Tienes miedo a la muerte?

—Sí. No. Bueno, tengo miedo a morir de modo horrible, devorada por una bestia o algo así— confesó Justine.

—Eso no va a ocurrir, yo te protegeré.

—Ya, bueno, pero, ¿Cómo crees que es la muerte? ¿Somos allí lo mismo que aquí o somos algo distinto? He visto Selene en mis sueños y no se parece en nada a este lugar.

—¿Ah, sí?— de repente sentí interés por saber si había visto lo mismo que yo: ¿Viste a Theos, cómo era? ¿Era un chico joven y guapo como yo?

—*¡No te rías! ¡Eres tonto!*— y me golpeó afectuosamente en el brazo. Yo le di un beso.

—*No bromeo. Te juro que una vez vi a Theos en mis sueños. Lo que pasa es que no era como esperaba.*

—*¿Y cómo lo esperabas?*

—*No sé, imaginaba que sería un hombre alto, vestido con túnica blanca y de aspecto venerable. Lo que vi me desconcertó y no le di más importancia: era un hombre sentado en una mesa, le faltaba un brazo y desde su sitio estaba observando lo que sucede en Hob a través de una extraña ventana que manipulaba con la mano sana. Podía mirar de un lugar a otro con solo un gesto, era increíble, cuando hablaba los mortales cumplían su voluntad; por eso imaginé que era Theos.*

Justine se sobresaltó de repente.

—*¿Qué ha sido eso?*— inquirió con el timo ribeteado de pánico. Giró la cabeza hacia una bifurcación que habíamos dejado a tras.

—*No ha sido nada. Ya te dije que era mejor no hablar de estas cosas.*

—*Ya está; ha sido mi imaginación.*

—*No nos entretengamos— la urgí. De pronto yo también había percibido algo por el rabillo del ojo.*

—*Pues yo una vez vi Selene. Era una gran ciudad llena de personas. No había bestias. Era un lugar maravilloso, los edificios eran muy altos, de cristal y la gente se desplazaba en carros flotantes que rugían como los motores de Magia Negra que utilizáis vosotros.*

—*¿Y por qué estás tan segura de que eso es Selene? ¿No podría ser producto de tu imaginación al mezclar lo que has oído de la Primera Humanidad? Ellos también vivían en torres metálicas.*

—No, estoy bien segura de lo que digo. Las personas hablaban de Hob, decían que era un lugar infernal, donde la gente enloquecía. ¿Cómo te explicas eso? Selene era una mujer como yo, pero con otro aspecto; estaba reunida con Theos y juntos decidían que almas se llevarían consigo a Hob. No puede ser mi imaginación.

De pronto escuchamos un ruido. Justine dio un respingo.

—No me gusta este lugar—susurró con miedo evidente.

Desenfundé mi espada para calmarla.

—Yo te protegeré.

Apresuramos el paso. Nos habíamos adentrado demasiado, ahora me daba cuenta.

Un sonido como de pasos nos siguió de lejos. No eran imaginaciones.

—Si nos matan aquí, iremos a Selene, no debes preocuparte, Theos nos acogerá en su seno— aseveró convencida. No había un deje de temor en su voz.

—Yo preferiría que no fuera así— contesté, poniendo mis músculos en tensión y aferrando con decisión la espada, presto para blandirla.

—Estaremos juntos de todas maneras, aquello no está tan mal. Al menos no hay bestias y la gente parece feliz...

Su frase se interrumpió cuando unos ojos rojos relucieron delante de nosotros. Tres pares de ojos malignos. Escuchamos un siseo escalofriante.

—¡Mierda!- blasfemé—. ¡Por aquí!

Y cambiamos el rumbo.

Más ojillos relucientes aparecieron, cortándonos el paso. La luz de la antorcha reveló media docena de figuras contrahechas, recubiertas de pelo. Sus colmillos reflejaron la luz. ¡Rodents! ¡La leyenda era cierta!

—Toma, sujétala— le entregue la antorcha y me puse delante de ella para enfrentarme a aquellas bestias repugnantes. Nos habían rodeado, cientos de diminutos

ojos con escrutaban con brillo malvado. Sus chillidos nos taladraron los oídos—. ¡No os temo!

Y me abalancé sobre ellos, trazando un amplio círculo con mi acero. Iban a probar lo amarga que era su mordedura. Escuché un espantoso crujir de huesos; dos de ellos cayeron con sus frágiles costillas abiertas. En el arco de vuelta, cayeron dos más; eran trigo maduro para mi espada.

—¡Ilumíname!— clamé por encima del griterío ensordecedor de los rodents, que estaban estrechando el círculo.

A la tenue lumbre de la antorcha discerní decenas de cuerpos peludos, con cara de rata, que se abatían sobre mí mostrando sus colmillos. Sentí la carne sajarse, la sangre brotar. Pero aquello no me amilanó, la furia acudió a mí. Volví a golpear salvajemente con mi arma, hendiendo sus repugnantes cuerpecillos.

Justine emitió un grito de espanto cuando las bestias se acercaron a la luz. Una de ellas la sujetó y la antorcha rodó por el suelo. En ese instante la oscuridad me cegó, dejándome a expensas de los rodents. Justine no paraba de chillar, angustiada. Su voz se alejaba.

—¡Elías, socorro, sálvame!

—¡Justine!— bramé, asestando tajos a derecha e izquierda con todo el furor de mi ser.

Mi espada aplastó cráneos, desparramó sesos y vísceras en su tonada de muerte. Pero ellos eran muchos. Uno caía, después otro, y otro, mientras la voz angustiada de Justine se perdía en la oscuridad. Una espada encontró mi piel y la hendió. Caí de rodillas; el dolor me torturaba. Asesté otro tajo: alcancé a otro rodent, que pereció chillando como la rata que era.

Comencé a ver una luz al fondo del túnel. ¿Eran mis compañeros que acudían en nuestro socorro? Dos espadas más se hundieron en mi cuerpo; ya no sentía dolor alguno. Una extraña frialdad me invadió, aportándome un cierto bienestar. Todavía le quité la vida a dos criaturas más. La luz se hacía más intensa.

“Se acerca la muerte” pensé en el último momento, al distinguir a Theos al otro lado.

Me dirigí hacia la cegadora luz; el dolor se había extinguido; los rodents también. Más allá me esperaba el ser que había visto en mis sueños.

—Lo siento, Justine— fue lo último que dije antes de que la claridad me engullera...

¡Game Over!
¡Try Again!

En cuanto recuperé la consciencia en La Tierra me levanté de la cama y me aseguré que Teresa estuviera todavía jugando en HOB. Efectivamente, permanecía tumbada a mi lado.

—Bien- me dije—, aún tienes tiempo, si te das prisa, todavía la puedes salvar”. No me alteré, estaba acostumbrado a situaciones de premura desde mis tiempos de militar.

Cogí el H-Tab de la mesilla y dije en voz alta:

—Marcación por voz.

El H-Tab se activó y desplegó la pantalla holográfica. Lo tenía configurado para que la Web de HOB se conectara al iniciar sesión. En el centro de la habitación apareció el cráneo de Bahal flotando en el aire.

—Buscador— cité el comando—. Instantáneamente se abrió un recuadro esperando a ser rellenado—. Justine de Valois.

Gracias por visitar este Libro Electrónico

Puedes leer la versión completa de este libro electrónico en diferentes formatos:

- HTML(Gratis / Disponible a todos los usuarios)
- PDF / TXT(Disponible a miembros V.I.P. Los miembros con una membresía básica pueden acceder hasta 5 libros electrónicos en formato PDF/TXT durante el mes.)
- Epub y Mobipocket (Exclusivos para miembros V.I.P.)

Para descargar este libro completo, tan solo seleccione el formato deseado, abajo:

